LA PATRIA LIBRE.

SEMANARIO DEMOCRATICO-COSMOPOLITA.

PRECIO 20 CENTAVOS.

AÑO 1º

HABANA 23 DE ENERO DE 1869.

NUM. 1º

LA PATRIA.

No haya temor de que pensemos como vulgarmente se cree, que el pedazo de tierra en que hemos nacido constituya para nosotros la patria. Educados en la regeneradora escuela del Salvador, la palabra patria pierde para nosotros toda significacion desde el momento en que no encontramos en ella amor, libertad, fraternidad.

En la esfera de los principios, la tolerancia nos lleva hasta la abnegacion, y poco importa que el que estreche nuestra mano haya nacido aquende ó allende de los mares. Podremos no convenir alguna vez en la forma que se dé al desenvolvimiento en la vida práctica á cualquiera de los principios que forman el símbolo de un pueblo libre, y por lo tanto progresista; pero de seguro que para resistir á la oposicion que se nos haga, no habremos de apelar ni á la violencia ni á la injuria, pues antes que caer en ese delito de lesa libertad preferiremos siempre guardar el mas profundo silencio.

En la esfera de la ley defenderemos y atacaremos á la vez cuanto nuestro criterio, nuestro patriotismo nos impulsen á atacar ó defender, bien sea en el órden social ó en el órden político, sin tener en cuenta para nada, lo que de nuestros escritos ó de nuestros actos puedan deducir en el ardor de la polémica los que se declaren nuestros contradictores.

Firmes en nuestras creencias, ni habremos de volver la espalda como el soldado que cobardemente abandona su puesto en la hora del peligro, ni habremos de renegar de la razon, aceptándola humildemente siempre que no sea la fuerza, ni la violencia las que nos la impongan. Queremos la razon con la

razon, y á ella habremos de apelar hasta que agotada nuestra paciencia la pasion sea el árbitro supremo de nuestras acciones.

Nacidos en este rincon del mundo, donde no Dios, sino la fatalidad ha hecho durante trescientos años llover tal cúmulo de infortunios, que á no ser hechos históricos, pudieran las generaciones que nos han de suceder juzgar los mitos por lo que tienen de monstruosos. Acostumbrados desde nuestros primeros años á no ver sino sombras, donde solo debiéramos haber visto la espléndida luz de un sol que brilla con mayor intensidad que en ninguna otra region de la tierra, nuestra vida ha sido la vida del cautiverio del pueblo de Israel bajo el peso de los faraones. Negacion de la palabra, negacion del pensamiento, negacion de la libertad de locomocion, todas las negaciones que hacen del hombre libre un ilota miserable, hemos sufrido bajo la forma hipócrita de un derecho negativo, representado no por jueces de mano suave, corazon sensible y juicio recto, sino por manos de hierro, corazones de fieras y juicios venales. Tacon, O'Donnell, Roncalli, Cañedo, Concha y Lersuudi, son nombres que están ahí para responder de la verdad de nuestro aserto. Para esos ministros pagados con 50,000 pesos anuales, el domicilio, la familia, la libertad individual fueron siempre una mentira en esta desventurada Cuba. Para el primero fuimos unos presidiarios; para el segundo fuimos una factoria donde á golpe de látigo, absorbió cuanto oro pudo; para el tercero fuimos unos eunucos á quienes convenia tratar á punta piés; para el cuarto el patíbulo fué una burla supuesto que hizo subir á él, mas por satisfacer su amor propio que por rendir homenaje á la justicia,

á un jóven que aun no habia cumplido veinte años, haciendo que mas tarde otros reos alcanzasen su perdon en el momento de subir las escaleras de aquel cadalso que él habia levantado para gozarse en la agonía de los mismos que perdonaba; para el quinto fuimos un matadero de rastro mayor donde en un solo dia se beneficiaron hasta cincuenta criaturas humanas en las faldas del Castillo de Atarés; para el sexto la inmoralidad, la corrupcion llevada hasta el extremo de recordarse los últimos dias de Sodoma, fueron las armas con que soñó matar toda aspiracion legítima á la libertad y al progreso; pero á semejanza del soberbio Baltasar, Dios quiso sorprenderlo en medio del festin donde rodeado de impúdicas mujeres libaba en los sagrados vasos del templo de la justicia, la sangre de la familia y el honor de los que le fueron fieles poniendo ante sus ojos para oprobio de su soberbia las famosas palabras «*Mane, Thecel, Phaves.*»

Ante tal conjunto de iniquidades mas de una vez hemos recordado aquellos famosos versos que dicen:

«Tanta constancia en pechos varoniles
No los hace leales sino viles.»

Y envilecidos nos hemos juzgado mas de una vez; pero el amor que nos inspira todo lo que en Cuba nos rodea, incluso su propio infortunio y su propia degradacion; el lazo fraternal que nos une á tantos seres que amamos y la constante aspiracion de ser libres algun dia y de poder escribir esto mismo que escribimos, nos han despojado de todo rencor y abierto el alma á la esperanza de alcanzar una regeneracion tan radical como por desgracia lo han sido nuestros males.

LA PATRIA, puesto que hoy podemos decir que la tenemos, saluda regocijada

la nueva era que para bien suyo y de la generacion que recibe el bautismo de la libertad ha inaugurado el ilustre cuanto hábil y valiente Jefe que ha arribado á estas playas.

Trabajemos todos como hermanos sin rivalidad y sin ódios por convertir en verdad eterna lo que hoy parece mentira efimera. Unamos nuestros brazos y corazones para ser mas fuertes; porque aunque la tierra de Promision está muy cerca el camino es escabroso y podemos no llegar si la tea de la discordia y no la de la fé es la que guia nuestros pasos. El amor, la libertad, la fraternidad, esa es la PATRIA.

LA ULTIMA RAZON.

Imposible es desconocer el efecto rápido y maravilloso producido en la opinion pública en estos dias por las reuniones amparadas bajo la égida de la libertad.

Los que se crean mas contrariados por el sesgo que toman las cosas, han de confesar que es preferible conocer el espíritu que reina verdaderamente en el pueblo antes que comprimirlo y luchar contra él.

En el siglo XIX, en el hemisferio americano, no debe siquiera pretenderse gobernar con instituciones opuestas á la voluntad general. Admitiendo la posibilidad de sujetar y gobernar forzosamente ¿qué se adelantaría? Admitiendo que la fuerza armada atropellase y sofocase toda resistencia ¿cual sería el paso siguiente que habria que dar? Continuar amenazando con una bayoneta á cada ciudadano? De dónde saldrían los tesoros requeridos para la sujecion general y perpétua? La emision de papel no garantido es recurso gastado y agotado. ¿Dependerá acaso de contribuciones? No se obtienen estas sin una industria próspera; y ¿cómo habria producción, comercio y crédito en un sistema de compresion por la fuerza? Qué crédito ha existido jamás sin el apoyo de la opinion pública? Habria quien proporcionase fondos al Gobierno de Madrid para llevar adelante la frágil estructura de la opresion administrativa llamada á sucumbir necesariamente? Son hábiles los banqueros de todos los tiempos para recoger y apreciar datos, y lo que no les efrece caracteres de duracion no lo aceptan como base conveniente al empleo de capitales. Ellos saben lo que se hacen y reflexionan con acierto que si todo el poder de Napoleon no bastó para aclimatar en Méjico una monarquía soñada por me-

jicanos y por el clero que gozaba del apoyo moral de los gobiernos mas adelantados de Europa, España no podria tampoco ahogar el patriotismo de los cubanos mil veces mas adelantados en civilizacion que aquellos. Los banqueros han visto que las últimas libranzas del hambriento y espirante ministerio de los Borbones, no han podido ni debido pagarse por estas cajas. Las protestas del Gobierno de los insurrectos, y la declaracion de derechos del Gobierno Provisional de Madrid, hacen dudoso, si es que no condenan, el derecho que tenga el último para gravar á los habitantes de Cuba sin consultarlos y precisamente para imponerles por la fuerza una forma de Gobierno que rechacen. El prestamista sobre las rentas de un pueblo no puede bajo la nueva ley desentenderse de la aprobacion de ese pueblo á quien se señala como responsable.

Si es verdad que la opinion pública no está de acuerdo con la asimilacion;— si se decide por la autonomía ó la independencia, lo mas cuerdo sería penetrar y publicar la verdad. ¿Creen los que fueron partidarios del *statu quo*, que la independencia con el asentimiento de la mayoría de la poblacion no seria preferible á conservar la integridad nacional, á despecho de la voluntad? Si el país ha de gobernarse por el país, es preeico resig arte á que obue segun sus convicciones y su conveniencia.

Los europeos residentes en Cuba participan, excluyendo á los empleados, de los males que sufre toda la poblacion; ellos convienen con mucha buena fé en que hemos sido un campo de explotacion para la Península y los gobernantes. Duro debe ser á hombres de hidalgos sentimientos y de profundo patriotismo confesar tantos errores cometidos por la administracion española; nuevo debe ser para ellos el camino de la reparacion despues de la propaganda maliciosa de los defensores de la dominacion española; pero la razon, la justicia y la conveniencia de todos han de hablar muy alto. No deben pedirse jamás actos de heroicidad estériles. La voluntad de la mayoría de un pueblo se ha proclamado en la misma Europa como principio digno de ser acatado al resolver los destinos de provincias y reinos como los de Italia. ¿Son acaso los cubanos una raza abyecta? La integridad nacional es una cosa para los pueblos del Viejo mundo y otra para la América?

Nosotros defendemos el voto de la mayoría: no venimos predicando desde luego la independencia. Lejos de ello juzgamos que la *autonomía* como la ha explicado el periódico «La Verdad», llena los deseos de los cubanos: pero apelemos á la votacion. Decida de nuestros destinos la voluntad de los habitantes de esta Isla consultada imparcialmente y sin malicia. No se nos tenga por una cosa—como una propiedad de los que otros pueblos se arrojan el derecho de disponer.

¿POR QUE

LA REVOLUCION TIENE DERECHO AL ORDEN?

Mas que en la prensa y en público, en voz baja y al oido es muy frecuente negar á los que de uno ú otro modo han tomado parte en una revolucion, preparándola, haciéndola ó aceptándola, el derecho de tomar en boca el órden público, y menos aun el de levantar la voz contra quien le ocurra alterarlo.

Entre los que esto piensan se encuentran principalmente todos aquellos egoistas que permanecen en continua inactividad política, y se creen autorizados para aquilatar hasta las mas pequeñas faltas de los hombres públicos, y en las cuales ellos no incurren por la sencilla razon de que el que no anda no tropieza. Estas gentes se la echan de muy lógicos, consecuentes, y desinteresados en política, y como la suya es casera, nadie puede obligarles al silencio cuando con aire desesperanzado dicen no encontrar remedio á nuestros males, porque no ven que los políticos tengan otra guia que la pasion, el interés, y cuando mas, el sentimiento. Vamos á demostrar que para juzgar y distinguir las revoluciones es no preciso acudir á tan ilegítimos criterios, sino que por el contrario, tenemos uno fijo, racional y fundado en los eternos principios del derecho.

Si las instituciones representantes del Estado tienen por fin velar el derecho, dar las condiciones necesarias para que pueda cumplirse el destino del individuo y de la sociedad; si esta y aquel para ser soberana la primera y libre el segundo, es preciso no solo que sean causa de su propia vida, sino tambien del medio en que esta se desarrolla, claro es que la determinacion del derecho en leyes é instituciones ha de ser directa por la opinion; por el pensamiento del individuo, de la sociedad. Es decir, que así como el hombre

arregla y rige su vida según la ley que su razón le dicta, los pueblos modelan la legislación y la forma del Estado, según la idea de derecho que conciben; sin la cual no es posible que exista la armonía debida entre las ideas de la sociedad y los hechos del poder.

Ahora bien; el individuo piensa, decide y obra, y esta serie de actos no puede tener lugar en la sociedad sino mediante tres condiciones; 1ª, que el pensamiento pueda manifestarse y propagarse libremente; de aquí la importancia de la libertad de imprenta y de los derechos de reunión y de asociación; 2ª, que el Estado esté organizado de modo que la opinión de la generalidad se traduzca en la ley; de aquí las garantías relativas al sufragio; y 3ª, que esta ley, reflejo de la opinión pública, sea acatada y respetada por todos, y singularmente por los encargados de velar por su cumplimiento; de aquí la responsabilidad de los poderes públicos, y de aquí que las leyes deban ser tan ciegamente obedecidas como libremente discutidas, pero no lo uno sin lo otro.

Pues bien; donde quiera que se den estas tres condiciones, no hay derecho para levantarse en armas contra el poder; los que quieran recabar algún derecho; los que intenten una reforma, deben acudir á la opinión pública uno y otro día, procurando llevar el convencimiento al ánimo, y la persuasión á la voluntad, dispuestos á acatar su fallo, pero decididos, si les fuese contrario, á insistir en su empeño hasta alcanzar el triunfo de la verdad; que si por ella combate, al fin saldrá victoriosa, como sale siempre que se la deja luchar con el error en campo abierto y bajo el sol de la Libertad.

¶ Pero donde estas condiciones faltan, donde el pensamiento no es libre, ni la opinión respetada, ni la ley acatada; faltando así á la sociedad la *condición necesaria* para ser dueña de su propio destino, allí hay tanto derecho para rechazar la fuerza con la fuerza, para derrocar con las armas el poder, como la ley para resistir una invasión extranjera; que si esta roba á un pueblo su *independencia*, aquel le priva de su *soberanía*, y tan sagrada y tan precisa es la *libertad* con relación al *interior*, como la *libertad* con relación al *exterior*.

Hé aquí nuestro criterio fijo é invariable; hé aquí porque podemos con la conciencia tranquila distinguir entre un *motin* ridículo y asqueroso y una

revolución justa y gloriosa. El sentido común y la conciencia de los pueblos lo saben bien; ellos distinguen como nosotros, y no dudan en calificar de criminales los desórdenes de Inglaterra y de santa la rebelión de Polonia, como han calificado de legítimas las últimas revoluciones de Italia y de España.

Y tanto distinguen los pueblos un caso de otro, que en los países libres las alteraciones son raras, ni tienen trascendencia, la calma se restablece pronto, y el pueblo, que ama la paz que disfruta, deja caer el anatema de su reprobación sobre el perturbador á quien consideran casi como un delincuente vulgar; pero en los que no son libres, todos los movimientos, grandes ó pequeños, legítimos ó no, conmueven la sociedad entera, dejan tras de sí hondas huellas, y el pueblo que no puede ver en el revolucionario un déspota que pretende imponerle una idea contra su voluntad, sino que por el contrario cuenta con ella el día que pueda manifestarse, santifica á aquel que se sacrifica por su bienestar.

Y no nos hablen los enemigos de la libertad de los trastornos acaecidos en países, dueños de sus destinos; no nos citen los ocurridos en estos mismos momentos en Inglaterra. Las pesadillas no turban solo el sueño del criminal, sino también el del hombre honrado; pero ¡qué diferencia! El uno al despertar vé como sus ensueños desaparecer al contacto de su conciencia pura y honrada; mientras que el otro, despierto ya, continua atormentado por aquellas, que son otros tantos recuerdos de sus crímenes, y que le parecen provocadas por la Providencia para avivar su remordimiento.

LOGICA MARINERA.

«El *Diario de la Marina* en su editorial del día 16 contestando al periódico *La Verdad*, dice entre otras cosas: «los partidos luchan entre sí, se derrocan; no aplaudimos y hasta condenamos estas contiendas fratricidas, pero las comprendemos bien; lo que no comprendemos, y conviene mucho repetirlo, es que los hijos se revelen contra la madre, que le escupan el rostro y hagan girones de su manto. No pueden llegar á este extremo los derechos del ciudadano; no puede existir ningún sistema de gobierno que permita semejante monstruosidad porque sería lo mismo que borrar de una plumada todas las naciones de la tierra, para levantar en su inmensa área la bíblica torre de Babel.»

—Esta última frase, es decir, la torre de Babel es la síntesis completa del

pensamiento que encierran las líneas anteriores. Su desventurado autor ha olvidado sin duda la gran figura de Washington y la no menos grande de Bolívar? ¿Qué otra cosa hicieron ellos sino desatar con las armas en la mano los lazos que unían á las colonias con sus metrópolis?

Inglaterra y España, sin embargo, reconocieron á las hijas emancipadas sin que á ningún inglés ni á ningún español, no residente en Cuba, se le haya ocurrido jamás caer en el absurdo de creer que se le ha *escupido al rostro, ni desgarrado el manto* de que habla el *Diario del Apostadero*.

Lo que sí *no se borra de una plumada*, es la gloria que han alcanzado Bolívar y Washington precisamente por no haber hecho con la punta de su espada, lo que el autor del editorial ha querido hacer con la punta de su pluma.

Las dimensiones de nuestro periódico no nos permite publicar íntegro el discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid por el elocuente orador porto-riqueño D. Enrique María Hostos, en la sesión del día 30 de Diciembre último; pero sí lo haremos con las *Rectificaciones*, seguros de agradar á nuestros lectores:

El Sr. AGUILERA pide la palabra, y en nombre de su patriotismo, ataca el discurso del señor Hostos, lo culpa de anti-español, cita el llamamiento de las provincias de Ultramar á las Cortes del año 12, y culpa de ingratitud á las Antillas.

El Sr. Hostos: Por la justicia que hago al patriotismo del señor Aguilera, comprenda S. S. la firmeza y la resolución del mío: yo estimo en los otros lo que animo en mí. Pero como yo no he atacado á España, sino que he dicho la verdad; como yo no he tratado una cuestión de patriotismo, señor Aguilera, sino que he tratado una cuestión de justicia; como no he perdido el tiempo en repetir lo que la historia sabe, sino que lo he empleado en dar una solución salvadora á un problema cada vez mas peligroso, repito firmemente cuanto he dicho, y añado que, lejos de ser ingratas las colonias, no las provincias de Ultramar, han dado pruebas de un amor á su metrópoli, que esta no ha pagado mas que con la indiferencia.

El Sr. AGUILERA insiste en su prueba de la convocatoria á Cortes, y pregunta qué han hecho las Antillas por España.

El Sr. Hostos: Antes he aplaudido el patriotismo del Sr. Aguilera, ahora aplaudo su habilidad; y no para que me lo agradezca, que yo aborrezco demasiado la habilidad para estimarla. En tanto que insiste una vez y otra vez en la convocatoria á las Cortes del año 12, y les atribuye la emancipación de las colonias continentales, S. S. olvida hábilmente que entre 1812 y 1868, están 1837 y 1854 En 1812, primera evolución de la idea liberal

en España, tiene razon S. S., las colonias americanas fueron llamadas á Córtes, ¿para qué? para demostrarles que aquí se tenía miedo á la libertad de las colonias. En lo que no tiene razon S. S., lo que es indigno de su ilustracion, es la falsedad de que se hace eco. Supone S. S. que las colonias se emanciparon porque se les reconoció el derecho de exponer su pensamiento y sus necesidades en la Representacion nacional. Este es un absurdo digno de sus inventores. En las colonias del continente, como en Cuba y Puerto-Rico, hay una raza de explotadores que, por explotarlo todo, se han hecho comerciantes de sangre humana: esa buena gente veia y ve que la libertad hubiera destruido el edificio que el despotismo y su codicia habian fabricado, para evitar su destruccion en las Antillas, imputaron á los derechos reconocidos en 1812, la emancipacion de las colonias; la historia se rie de esa buena gente. De lo que no se rie la historia es de la indigna violacion cometida en 1837. ¿Sabe el Sr. Aguilera lo que sucedió en 1837? Pues sepa que tambien en 1837, segunda evolucion de la idea liberal, fueron convocadas á Córtes Constituyentes las colonias que quedaban; pero cómo embarazaban, como por causas personales no muy dignas, abrigaban algunos liberales los temores de los monopolistas coloniales, se inventó un pretexto para desembarazarse de aquel obstáculo. Se dijeron: «finjamos que damos un paso liberal: finjamos que queremos suma de libertades para Cuba y Puerto-Rico, y quitémoslos de encima á sus representantes, que pudieran muy bien parecerse á aquellos inteligentes é indomables americanos del Sur, que en 1852 eclipsaron con la suya nuestra gloria.»

Y, señores, so pretexto de que España cambiaba su principio colonial, y progresaba del principio de asimilacion al de expansion del sistema español al inglés, pusieron un artículo adicional á su Constitucion, consumaron una indignidad, y arrojaron del Congreso á los representantes de Cuba y Puerto-Rico.

Llega el año de 54, tercera evolucion de la idea liberal en España, y qué se hizo por Cuba y Puerto-Rico? Nada. Llega el año 68, ebullicion de la idea liberal; triunfamos todos, porque todos hemos contribuido al triunfo de esta revolucion, y acaso mas enérgicamente los antillanos que en ella han tomado parte, que muchos de los que hoy gozan de sus frutos: cuando todos esperábamos, cuando todos anhelábamos que la revolucion fuera digna de sí misma, que se extendiera á Puerto-Rico y Cuba; cuando los que sirviendo á la libertad de aquí por servir á la de allí, esperábamos que así se premiaran los sacrificios que habiamos hecho, que así se compensara el valor con que habiamos hablado cuando todo el mundo callaba; que así se cumplirán los compromisos personales, personales, sí, señores, contraidos con algunos de nosotros en favor de nuestra patria;—entonces se nos dice, enseñándonos á Cuba armada contra la odiosa contribucion que á ella como á Puerto-Rico la ha esquilado, armada tambien contra la opresion que hemos vencido aquí; entonces se nos dice: «ó deponed las armas ó no hay libertades;» á lo cual contestan: «ó nos dan libertades, ó no deponemos las armas.»

Pregunta el Sr. Aguilera qué debe España á las Antillas. Les debe los sacrificios pecu-

niarios hechos para ayudarla á su guerra de Africa: les debe el dinero con que se hizo la inicua guerra de Santo Domingo: les debe sobre todo, la mansedumbre inmensa, los tres siglos de paciencia con que han estado esperando la libertad que necesitaban: les debe justicia, que es lo que pedimos. (*Varias voces: ¡Sí, justicia!*)

EL PRESIDENSE (Sr. Moreno Nieto,) en frases enérgicamente inspiradas por un alto sentimiento de patriotismo, reconoce el del Sr. de Hostos, y le ruega delicadamente que no ha estado en su ánimo estimular con sus palabras los graves sucesos de Cuba.

El Sr. HOSTOS: El Sr. Moreno Nieto, cuya maravillosa elocuencia he admirado en este instante mas que nunca, me pide una declaracion; yo voy á complacer á mi elocuente amigo haciendo dos declaraciones: Primera: que no creo que el alzamiento de Cuba, producido por el hambre y por la opresion del régimen antiguo, se sostenga contra la libertad, en cuyos rápidos efectos, en cuya influencia para la pacificacion espero yo. Segunda: que si, contra lo que espero, no se hiciera justicia, y allí, con el derecho que se ha usado aquí, se peleara en favor de la libertad, yo, que amo la libertad en todas partes, que arraigo en mi patria como la planta en la tierra, no estaria en el Ateneo.

El Sr. PRESIDENTE aplaude el alto patriotismo del Sr. Hostos, «que dice, es tanto mas digno de respeto, cuanto que pasa de las palabras á los hechos.»

El Sr. GOICORROTEA, defendiendo á un ausente, pregunta al Sr. Hostos qué tiene que decir de las contribuciones de Cuba y Puerto-Rico.

El Sr. HOSTOS: Estoy de elogios; y aunque no sé á qué ausente ha aludido el caballero que tiene la bondad de interpellarme, diré: primero, que yo no me ocupo nunca de los hombres: he dicho, y repito, que las contribuciones son odiosas, porque son producto de una combinacion indigna. Los últimos hombres de aquel régimen que ya se ha ido, y que, entre otras causas, se ha ido porque arruinaba á este pais; los últimos hombres de aquel régimen concibieron un medio muy sencillo de rellenar las cajas que vaciaban; y mientras que desolaban á las tristes islas los huracanes que hacia veinte años no las visitaban; mientras que arrancaban de cuajo las cosechas; mientras que las desplomaban terremotos como jamás las habian estremecido; mientras que cruzadas de brazos y fijos los ojos en el cielo, preguntaban: «¿Hasta cuándo, Providencia!» aquí les contestaban enviándoles una contribucion que duplicaba y triplicaba el tipo del impuesto.

EL CANADA Y EL PARLAMENTO BRITANICO EN 1854.

En la interesante discusion relativa á la reforma del Consejo Legislativo, dijo en la Cámara de los Comunes Mr. Adderley que si se insistia en que sus miembros fuesen de nombramiento, esta base se haría repugnante á la Colonia, se alzaría contra ella la opinion pública, y el Parlamento y la misma Constitucion inglesa quedarian com-

prendidas en el ódio que se excitaria, y el principio de eleccion obtendria exajerada popularidad. Mr. Hume expuso que acaso no habria otra medida capaz de producir tan felices resultados, haciendo al Canadá fuerte por sí mismo y á la vez útil á la Inglaterra. Sir G. Grey redujo la cuestion á saber si despues del progreso alcanzado por el Canadá en riqueza, poblacion y gobierno de sí mismo, habia razon para privarle de la facultad que disfrutaban casi todas las colonias británicas de reformar su constitucion.

Hizo presente que la alarma de Sir J. Pakington descansaba en la creencia de que el principio de eleccion era democrático; pero era infundada, y puesto que se habia observado que el principio de nombramientos habia fracasado generalmente, era llegada la oportunidad de probar otro nuevo que diera al Canadá el mismo derecho que se habia concedido á las colonias de Australia. Tan lejos de promoverse así la separacion del Canadá de la corona británica (suceso que deploraria,) se aumentaria la confianza de los canadienses en sus representantes y se consolidaria su amor á la corona.—Lord John Russell expuso que en la ley desde 1840 habria creído conveniente algunas restricciones, pero que si los canadienses pensaban que podian cuidar mejor de sus intereses con un Consejo electivo, no veia obstáculo para ello; que anduviesen advertidos en solicitarlo ó que hagan buen uso de ese privilegio era otra cuestion: pero añadió que desde 1840 el Canadá habia progresado mucho y debia otorgársele la facultad de variar la Cámara alta y disponer de los fondos reservados del clero.—Mr. Bringgs hizo presente que atendiendo á la clase de emigrados que iba al Canadá y á la proximidad á los Estados Unidos creia que su gobierno no debia tener una indole menos democrática.

En la Cámara de Lores con igual motivo, el 15 de junio último dijo Lord Ellenborough que no se levantaba para oponerse al Bill: que se habia adelantado tanto en la carrera de concesiones al Canadá el año pasado, que la cuestion no era ya si nos detendríamos en ella, ni mucho menos si haríamos la tentativa de retroceder; sino saber si en el espíritu mas amigable hacia el Canadá y demas colonias norteamericanas, no deberíamos consultarlas acerca de la conveniencia de tomar medidas para librar á sus colonias de

toda dependencia de la Corona y Parlamento Británico; y asegura que aquella era la opinion de Mr. Huskinson cuando fué ministro de las colonias en 1828.

Dice que en 1846 se habian revocado las leyes de cereales sin exceptuar los privilegios que por ellas gozaba el Canadá; que despues se habian revocado las de la navegacion que daban á la metrópoli grandes privilegios:—que se habian quitado los derechos diferenciales que favorecian los productos coloniales de la América del Norte; así dice, que se habian destruido los privilegios mútuos de las provincias y la metrópoli:—que les habian dado gobiernos responsables ó mejor dicho independientes: que quedaban muy escasas ventajas de la dependencia en tiempo de paz, y muchas desventajas y peligros en caso de guerra:—que la probabilidad de un rompimiento con los Estados Unidos es mayor por la concepción con las colonias Norte-americanas.....

Que la guerra con los Estados Unidos, ligados como están ambos pueblos, por los mismos detalles del comercio, mas bien pudiera compararse al acto de despedazar un propio cuerpo que al choque de cuerpos distintos.—Lord Brougham dijo que á la vez que deseaba la separacion del Canadá, no queria lanzar ni abandonar á los colonos; que lejos de ser nueva, esta era la opinion de hombres eminentes como Lord Ashburton y Lord St. Vincent. Los que abogan por la separacion no lo hacen porque aprecien en poco la importancia del Canadá, sino mas bien porque lo estiman en mucho: creen que despues de cierta época, de lo que se llama *la juventud de las naciones*, ó la vida colonial, lo mejor que puede sobrevenir á un país en relacion con otro Estado, es que sin querrela alguna, sin resfriamiento ni alejamiento de ninguna especie, sino con perfecta amistad y buena disposicion, y sobre bases puramente voluntarias suceda á la relacion colonial la relacion reciproca de los Estados libres é independientes.

LA LOTERIA.

Si hay un hecho palpitante que lleve el convencimiento al « Diario de la Marina » de la inmoralidad del *pasado* que lamenta con amargura, la subsistencia entre nosotros de la loteria, con desusada publicidad y alarde, ha de llenar forzosamente ese objeto siempre

que haya disposicion al raciocinio y á la conviccion. Reprobada por el sentimiento de la civilizacion, tolerada en algun país donde se muestra con timidez como avergonzada, aquí es donde la loteria ha florecido con lozanía y crecientes dimensiones y donde el veneno que difunde ha dado frutos los mas grandes, sustituyendo el ocio y la desinquietud á la industria y el sosiego.

Buscando una renta de fácil recaudacion, las administraciones públicas que se han sucedido una tras otra, han aumentado gradualmente el número de billetes y aproximado entre si los sorteos hasta que sobre nueve y medio millones de pesos se arrancan anualmente del sudor, de los ahorros, del alimento, del vestido, de las necesidades mas apremiantes de este pueblo, especialmente de la parte desvalida y de los mas desgraciados que acuden como á su última esperanza, al arbitrio falaz, azaroso y seductor del *juego autorizado*. Y no como quiera puede ir el mal aconsejado menestral á depositar en esa institucion todo su bien, sino que no puede sustraerse de la pesquisa, no puede ni él ni nadie aparecer en la calle ni en los ferro-carriles en los cafés y otros lugares públicos, sin que se vea acosado de multitud de agentes que le siguen y se aprovechan de todos los medios y momentos posibles para diseminar su ponzoñosa mercancía. ¡Cuántas madres, cuyos hijos sufren hambre, desnudez, enfermedades, las miserias de la ignorancia, y perecen por falta de auxilio, lloran los billetes de loteria que han comprado como alimento indispensable en una larga serie de años! ¡Cuántos jóvenes de ambos sexos que soñaron la felicidad pura en el matrimonio y que ven correr los años floridos de la vida sin mejorar de posicion, si pudieran poner la mano sobre los ahorros que lanzaron al abismo de la loteria en pos de un golpe de fortuna, podrian realizar modestamente sus deseos á no haber acariciado el Gobierno el elemento que devora aquí los frutos de las fatigas del pobre! Y hablo del pobre con preferencia porque en último término la experiencia nos enseña que los pobres son los que hacen en todas partes la gran suma de consumos. Y hablo del pobre porque sus pequeños medios mal gastados, adquiridos acaso entre lágrimas, son mas dignos de nuestra solicitud y para ellos es inagotable nuestra simpatía.

Lo que esta isla emplea en la lotería

incluyendo gabelas y sobre-precios que van siempre levantando el tipo á medida que se acercan á los mas necesitados de los compradores, no baja de diez millones de pesos. En una poblacion de millon y medio de habitantes, esta suma dá por cada uno de estos una cantidad igual á la que no hace muchos años pagaban por toda contribucion los habitantes de todo el continente europeo. Pero por grande que parezca esta cuota y pesada que se sienta la carga, su importancia numérica es nada, absolutamente nada en cotejo de su efecto moral. La ciencia económica ha colocado fuera de toda discusion el principio cristiano y humanitario de que el trabajo es la fuente de la riqueza de las naciones. Incitar á él es labrar la grandeza y la honra de los pueblos:—incitar al juego es empobrecerlos destruyendo las virtudes todas. Fijar la esperanza en la economía, en el escrupuloso cumplimiento de la tarea, en la mejora de la obra, en aprovechar las horas, en guardar lo que se gana, en acomodarse á la posicion que se tiene en el mundo; he aquí el medio seguro de levantarse las masas, de que el bienestar y la riqueza se propaguen:—ocuparse con desden de sus obligaciones, mirándolas como objeto secundario y recurso penoso, y considerar únicamente con febril interés el billete de la loteria, teniéndolo por fuente de la felicidad, es el camino seguro de hacer pobre á la inmensa mayoría de los habitantes de cualquier país proscribiendo el amor al trabajo.

¿Cómo prosperaria el principio salvador de las cajas de ahorro donde todas las economías tienen una sepultura comun preconizada hasta por aquellos á quienes sacrifica? La única razon que se ha alegado y que puede extraviar á los ánimos incautos es la que en apoyo de la loteria se escucha en la boca de los que por su condicion escepcional la buscan como medio de salvacion. Algunos centenares de esta clase habrán alcanzado su objeto, pero nadie ha llevado la terrible cuenta del vasto número que hubiera llegado á ese fin bajo el régimen de orden que conocieron nuestros abuelos y que llamaremos el régimen de la *alcancia*.

La alcancia, el arca donde el esclavo y el pobre colocaban sus pequeños ahorros, daba la recompensa al trabajo, al sacrificio y á la abnegacion; hacia felices, no tanto porque acrecentaba el peculio, sino porque al levantar

al hombre civilmente haciéndole dueño de sí mismo, le levantaba moralmente: formaba al hombre laborioso, honrado, cuyo respeto de sí mismo era la mejor de las dotes que le concedía. Las sociedades cooperativas, todas las que se propongan mejorar la suerte de las clases trabajadoras, no envileciendo al desgraciado con la limosna, sino promoviendo hábitos de industria, encontrarán siempre un obstáculo formidable á sus esfuerzos en la lotería. Si en nuestros días se han entibiado las relaciones de fraternidad entre las diversas clases de la sociedad, si el robo doméstico, si la infidelidad del obrero, si la prostitucion se se han aumentado, no hay que hacerse ilusión; es forzoso convenir en que todo nace de haber sustituido al trabajo que ennoblece otro punto de mira engañoso y corruptor, *la lotería.*

LOS RETRANQUEROS.

Todo el que haya viajado por nuestros ferro-carriles, sabe lo que es un retranquero; pero ignora sin duda que, con mengua de sus propias aspiraciones, se han dedicado á este oficio ciertos prohombres que pretenden guiar la gran locomotora de los acontecimientos, abriendo y cerrando á su antojo la *retranca*, unas veces por indiscrecion y casi siempre por miedo.

A los que se arriesguen á emprender el viaje, bueno será que tengan estas líneas por un aviso, no sea que descarrilen y se los lleve el diablo, sin poderle exigir responsabilidad á los retranqueros.

ENSEÑANZA PRIMARIA LIBRE.

Segun la última estadística que sobre este importante ramo se ha publicado, aparece el siguiente lamentable cuadro.—552,026 personas blancas y 572,276 de color, total 1.128,293 en toda la isla que no saben leer: y en la misma Habana 63,192 blancas y 62,444 de color, total 130,636, se encuentran con tan tupida venda en los ojos del espíritu.

Ante tanta oscuridad, «La Patria» pide á gritos toda la luz posible para esos infelices que, habiendo nacido con ojos para ver, se les condena á la condicion de estatuas.

¿A qué otra cosa que que al título de bandolero podrá aspirar ese 1.128,293 de criaturas humanas, educados en la ignorancia mas completa? ¿Habrá dere-

cho para exigir de ellos obediencia á la ley, ni cosa que se le parezca,

cuando la ley con egoista calma le abruma el cuerpo y le asesina el alma?

Con la creacion de escuelas libres,—y por esto entendemos la libertad de enseñar todo el que se crea apto para ello, sin necesidad de títulos,—podria lograrse dar todo el ensanche apetecible á la enseñanza pública, convirtiéndolo en seres útiles tantos que lo están predestinados a vivir en las cárceles y á morir en los hospitales.

Con la creacion de escuelas libres de enseñanza primaria, se llegará á obtener un resultado mas positivo y satisfactorio que el que se propuso el general Lersundi con la creacion de las comisiones militares, con el objeto de reprimir los delitos cometidos por esos mismos individuos á quienes el Gobierno, por una incuria inconcebible, tiene sumidos en el mas espantoso abismo.

Si todos, ó la gran mayoría del 1.128,293 de ignorantes que arroja la estadística, no lo fueran, merced al saludable bautismo de la enseñanza, el censo criminal no presentaría en nuestra isla un cuadro tan lamentable. Abranse escuelas, donde todos acudan,—por lo menos á aprender á leer y escribir,—y la opinion pública encontrará un legítimo apoyo en todas sus manifestaciones. La vagancia, y con ella el fúnebre cortejo de vicios y malas pasiones que le siguen, no serán el resultado de los extravíos que hoy todos lamentamos, por lo mismo que se ignoran los derechos y deberes que al uacer trae al mundo todo ciudadano.

Y no se crea que nuestros deseos van encaminados únicamente en favor de la clase blanca, que tambien la queremos para la que no lo es, supuesto que todos somos hijos de Dios. Si en cada pueblo, en vez de haber una bodega, con su mesa de billar, y su indispensable valla de gallos, hubiera por lo ménos dos ó tres escuelas donde fuesen admitidos libremente niños, sin distincion de colores, de seguro que el Gobierno no tendría necesidad de sostener, á precio de tan crecida suma, ese enjambre de empleados que con el nombre de *policia*, llenan nuestras ciudades y nuestros campos, y los tribunales de justicia no malgastarían el tiempo en levantar sumarios, que las mas de las veces son de un resultado contraproducente.

Dice una cosa que se llama «La Exposicion:»

«No hay que hacerse ilusiones, ciudadanos; el Sr. D. José María Zayas lo ha dicho en su bien redactado opúsculo, y el Sr. Zayas no es una entidad cualquiera, es un hombre de verdadero talento aunque en algunos párrafos de su citado folleto haya echado á volar algunos conceptos erróneos, que tal vez se le hayan escapado en el calor de la improvisacion.»

Esto es la segunda edicion del *Diario de la Marina.*

Triste suerte la de los esclavos! Sabes lo que te piden, José María? O todo, ó nada. No te será permitido conservar un solo resto de la dignidad del hombre. Has de sacrificarla toda ¿lo entiendes?

No creas por sus elogios (se reciben bien, hijo mio, como á un niño) que tendrás mejor suerte que los otros.

Sabes el cuento de un botero, que encontrándose con otro bote, á los que iban en este hubo de insultar, *menos*, dijo, *al timonero?* Pues á tí se te reserva la suerte de este afortunado nauta.

Nunca es mala la experiencia.

Las remesas de empleados siguen.

Y seguirán.

Y de nosotros, ni se acuerdan.

En cambio, el Ministro de Ultramar ha dicho como deben llevarse los libros de cierta oficina.

Y se proyectan contribuciones sobre perros y caballos, esto es, si no estamos *herrados*

Arre, yegüita!
Pobre animal!
Qué de trabajo
Te hacen pasar!

A LOS POETAS.

Deid: ¿en dónde la sonante lira
Colgada permanece cuando truena
En ronco son que los espacios llena
La tempestad que se desborda en ira?

Qué! solo ¡oh, Dios! al trovador inspira
El mar bullendo en la rojiza arena
O en fresco bosque que temblando suena
La clara linfa que al pasar suspira?

Bardos! que el estro sin cesar depure
Cantares dignos de obtener la palma,
Que siempre el mundo bendecir procure,

Pedid que al huracan siga la calma,
Y que tras noche de dolor fulgure
El sonrosado porvenir del alma.

A.....

El cáliz de tus labios entreabiertos
Rico perfume de jazmin exhala,
Y Abril ostenta su encendida gala
De tu semblante en el alegre puerto.

No—ligera cual tú—dejando el puerto
Góndola breve sobre el mar resbala,
Ni á la tersura de tu pecho iguala
La blanca nieve que cuajó el desierto.

Tu altiva frente, que el placér colora,
El sello lleva de la dicha escrito;
Mas nadie ¡oh, vigen! compasion implora

Ante las aras de tu amante rito:
Que tú no sufres cuando el pueblo llora,
Ni de la patria te conmueve el grito.

ABDALA.

ESCRITO EXPRESAMENTE PARA LA PATRIA.

PERSONAGES.

ESPIRTA, madre de Abdala.
ELMIRA, hermana de
ABDALA.
UN SENADOR.

Consejeros, soldados, &c.

La escena pasa en «NUBIA.»

ESCENA 1ª

Abdala; un Senador y Consejeros.

Sen. Noble caudillo: á nuestro pueblo llega
Feroz conquistador: necio amenaza
Si á su fuerza y poder le resistimos
En polvo convertir nuestras murallas:
Fiero pinta á su ejército que monta
Nobles corceles de la raza arábiga;
Inmensa gente al opresor auxilia,
Y tan alto es el número de lanzas
Que el enemigo cuenta, que á su vista
La fuerza tiembla y el valor se espanta:
Tantas sus tiendas, son noble caudillo,
Que á la llanura llegan inmediata,
Y del rudo opresor ¡oh Abdala illustre!
Es tanta la fiereza y arrogancia
Que envió un emisario reclamando
Rindieses fuego y aire, tierra y agua
Pues decidle al tirano que en la Nubia
Hay un héroe por veinte de sus lanzas:
Que del aire se atreva á hacerse dueño:
Que el fuego á los hogares hace falta:
Que la tierra la compre con su sangre:
Que el agua ha de mezclarse con sus lágrimas.

Sen. Guerrero illustre. calma tu entusiasmo
Del extraño á la impúdica arrogancia
Dióle el pueblo el laurel que merecian
Tan necia presuncion y audacia tanta
Mas hoy no son sus bárbaras ofensas
Muestras de orgullo y simples amenazas:
Ya detiene á los nubios en el campol
Ya en nuestras puertas nos coloca guardias!

Abd. ¿Qué dices, Senador?

Sen. —Te digo ¡oh, jefe
Del ejército nubiol que las lanzas
Deben brillar, al aire desenuelta
La sagrada bandera de la pátria—
Te digo que es preciso que la Nubia
Del opresor la lengua arranque osada,
Y la llanura con su sangre bañe
Y luche Nubia cual luchaba Esparta!—
Vengo en tus manos á dejar la empresa
De vengar las cobardes amenazas
Del bárbaro tirano que así llega
A despejar de vida nuestras almas!—
Vengo á rogar al esforzado Nubio
Que á la batalla con el pueblo parta.

Abd. Acepto, Senador. Alma de bronce
Tuviera si tu ruego no aceptara.
Que me sigan espero los valientes
Nobles caudillos que el valor realza,
Y si insulta á los libres un tirano
Veremos en el campo de batalla
En la Nubia naoidor, por la Nubia
Morir sabremos: hijos de la pátria
Por ella moriremos y el suspiro
Que de mis labios postrimero salga
Para Nubia será, que para Nubia
Nuestra fuerza y valor fueron creadas.
Decid al pueblo que con él al campo
Cuando se ordene emprenderé la marcha;
Y decid al tirano que se apreste,—

Que prepare su gente,—y que á sus lanzas
brillo dé y esplendor. Mas fuertes brillan
Robustas y valientes nuestras almas!

Sen. Feliz mil veces ¡oh valiente jóven!
El pueblo que es tu pátria!

—Viva Abdala!—
Todos. Se van el Senador y Consejeros.

ESCENA 2ª

Abdala.

¡Por fin potente mi robusto brazo
Puede blandir la ruda cimitarra,
Y mi noble corcel volar ya puede
Ligero entre el fragor y la batalla!
Por fin mi frente se ornará de gloriol
Seré quien libre á mi angustiada pátria,
Y quien le arranque al opresor el pueblo
Que empieza á destrozarse entre sus garras!
Y el vil tirano que amenaza á Nubia
Perdon y vida implorará á mis plantas!
Y la gente cobarde que lo ayuda
A nuestro esfuerzo gemirá espantadol
Y en el cieno hundirá la altiva frente
Y en cieno vil enfangará su alma!
Y la llanura en que su campo extiende
Será testigo mudo de su infamial
Y el opresor se humillará ante el librel
Y el oprimido vengará su manchadol
Conquistador infame, ya la hora
De tu muerte sonó: ni la amenaza,
Ni el esfuerzo y valor de tus guerreros
Será muro bastante á nuestra audacia.
Siempre el esclavo sacudió su yugo,—
Y en el pecho del dueño hundió su clava
El siervo libre: siente la postrera
Hora de destruccion que audaz te aguarda,
Y teme que en tu pecho no se hunda
Del libre nubio la tajante lanzal—
Ya me parece que rugir lo veo
Cual fiero tigre que á su presa asalta.
Ya los miro correr: á nuestras filas
Dirijen ya su presurosa marcha:
Ya luchan con furor: la sangre corre
Por el llano á torrentes: con él ansia
Voraz del opresor, hambrientos vuelven
A hundir en sus costados nuestras lanzas
Y á doblegar el arrogante cuello
Al tajo de las rudas cimitarras:
Cansados ya, vencidos—cual furiosas
Panteras del desierto que se lanzan
A la presa que vence, y se fatigan,
Y rugen y se esfuerzan y derraman
La enrojecida sangre, y combatiendo
Terribles ayes de dolor exhalan,—
Así los enemigos feribundos,
A nuestras filas bárbaros se lanzan,
Y luchan,—corren,—retroceden,—vuelan,—
Inertes caen,—gimiendo se levantan,—
A otro en cuento se aprestan,—y perecen!—
Ya sus cobardes huestes destrozadas
Huyen por la llanura:—¡oh! ¡cuanto el gozo
Da fuerza y robusted y vida á mi alma!—
¡Cual crece mi valor!—¡como en mis venas
Arde la sangrel—¡como me arrebatada
Este invencible ardor!—¡cuanto deseo
A la lucha partir!—

ESCENA 3ª

Entran guerreros.—Guerreros y Abdala.

Un g. ¡Salud, Abdala!—
Abd. ¡Salud, nobles guerreros!
Un g. Ya la hora
De la lucha sonó: la gente aguarda
Por su noble caudillo: los corceles
Ligeros corren por la estensa plaza:
Arde en los pechos el valor, y bulle
En el alma del pueblo la esperanza:
Si vences, noble jefe, el pueblo nubio
Coronas y laureles te prepara,—
Y si mueres luchando, te concede
La corona del mártir de la pátria—
Revelan los semblantes la alegría:
Brillan al sol las fulgurantes armas,—
Y el deseo de luchar en las facciones
La grandeza, el valor sublimes graban!—

Abd. Ni laurel ni coronas necesita
Quien respira valor. Pues amenazan
A Nubia libre, y un tirano quiere
Rendirle á su dominio vil esclava,
Corramos á la lucha y nuestra sangre
Pruebe al conquistador que la derraman
Pechos que son altares de la Nubia,
Brazos que son sus fuertes y murallas!

¡A la guerra valiente! Del tirano
La sangre corra, y á su empresa osada
De muros sirvan los robustos pechos
Y sea su sangre fuego á nuestra audacia!—
A la guerra! á la guerra! Sea el aplauso
Del vil conquistador que nos ataca,
El son tremendo que al batirlo suenen
Nuestras rudas y audaces cimitarras!
Nunca desmienta su grandeza Nub á
A la guerra corred! á la batalla!
Y de escudo te sirva ¡oh patria mia!
El bélico valor de nuestras almas!—
(Hacen ademán de partir.)

ESCENA 4ª

Entra Espirta.—Espirta y dichos.

Esp. ¿A dónde vas? Espera!
Abd. ¡Oh madre mia!
Nada puedo esperar.
Esp. ¡Detente Abdala!
Abd. ¡Yo detenerme, madre? ¡No contemples
El ejército ansioso que me aguarda!
¿No ves que de mi brazo espera Nubia
La libertad que un bárbaro amenaza?
¿No ves como se aprestan los guerreros?
¿No miras como brillan nuestras lanzas?
Detenerme no puedo, ¡oh, madre mia!
¡Al campo voy á defender mi patria!
Esp. ¡Tu madre soy!
Abd. ¡Soy Nubiol! El pueblo entero
Por defender su libertad me aguarda:
Un pueblo extraño nuestras tierras huella:
Con vil esclavitud nos amenaza;
Audaz nos muestra sus potentes picas,
Y nos manda el honor y Dios nos manda
Por la patria morir, antes que verla
Ddel bárbaro opresor cobarde esclava!

Esp. Pues si exige el honor que al campo vuelles,
Tu madre hoy que te detengas manda!
Abd. Un rayo solo detener pudiera
El esfuerzo y valor del noble Abdala!
¡A la guerra corred, nobles guerreros,
Que con vosotros el caudillo marchal
(Se van los guerreros.)

ESCENA V.

Espirta y Abdala.

Abd. Perdona ¡oh madre! que de tí me aleje
Para partir al campo ¡Oh! estas lágrimas
Testigos son de mi ansiedad terrible,
Y el huracac que ruje en mis entrañas.
(Espirta llora.)
No llores tú, que á mi dolor ¡oh madre!
Estas ardientes lágrimas le bastan!
El ¡ay! del moribundo ni el crujido
Ni el choque rudo de las fuertes armas;
No el llanto asoman á mis tristes ojos,
Ni á mi valiente corazón espantan!
Tal vez sin vida á mis hogares vuelva,
U oculto entre el fragor de la batalla
De la sangre y furor víctima sea.
Nada me importa. Si supiera Abdala
Que con su sangre se salvaba Nubia—
De las terribles extranjerías garras,
Esa veste que llevas, madre mia
Con gotas de mi sangre la manchará!
Solo tiemblo por tí: y aunque mi llanto
No muestro á los guerreros de mi patria
Ve como corre por mi faz, oh madre!
Ve cual por mis megillas se derramal
Esp. ¿Y tanto amor á este rincón de tierra?
¿Acaso él te protejió en tu infancia?
¿Acaso amante te llevó en su seno?
¿Acaso él fué quien enjendró tu audacia
Y tu fuerza ¡responde! O fué tu madre
Fué la Nubia?

Abd. El amor, madre, á la patria
No es el amor ridiculo á la tierra,
Ni á la yerba que pisan nuestras plantas;
Es el odio invencible á quien la oprime,
Es el rencor eterno á quien la ataca;—
Y tal amor despierta en nuestro pecho
El mundo de recuerdos que nos llama
A la vida otra vez, cuando la sangre
Herida brota con angustia el alma;—
La imágen del amor que nos consuela
Y las memorias plácidas que guarda!

Esp. ¿Y es mas grande ese amor que el que despierta
En tu pecho tu madre?

Abd. Acaso crees?
Que hay algo mas sublime que la patria?

Esp. ¿Y aunque sublime fuera, acaso debes,

Por ella abandonarme? á la batalla
Así correr veloz? Así olvidarte
De la que el ser te dió? ¿Y eso lo manda
La patria? Dít ¡Tampoco te conmueven
La sangre ni la muerte que te guardan?

Abd. Quién á su patria defender ansia
Ni en sangre ni en obstáculos repara!
Del tirano desprecia la soberbia;
En su pecho se estrella la amenaza;
Y si el cielo bastara á su deseo
Al mismo cielo con valor llegaría!

Esp. ¿No te quedas por fin? ¿Y me abandonas?

Abd. ¡No! madre, no! Yo parto á la batalla!

Esp. ¡Al fin te vas!... te vas!... ¡Oh, hijo queridito
(se arroja)

A tú madre infeliz mira á tus plantas!
Mi llanto mira que angustioso corre!
De amargura y dolor tus pies empapa!
Detente ¡oh hijo mío!

Abd. Levanta ¡oh madre!

Esp. Por mi amor... por tu vida... no... no partas!

Abd. ¿Que no parta decía cuando me espera
La Nubia toda? ¡Oh! no! cuando me aguarda
Con terrible inquietud á nuestras puertas
Un pueblo ansioso de lavar su mancha?
¡Un rayo solo detener pudiera
El esfuerzo y valor del noble Abdalá!

Esp. Y una madre infeliz que te suplica, (Con altivez.)
Que moja con sus lágrimas tus plantas,
No es un rayo de amor que te detiene?
No es un rayo de dolor que te anonada?

Abd. Cuantos tormentos!... cuán terrible angustia!
Mi madre llora... Nubia me reclama...
Hijo soy... nací núbico... ya no dudo,
Adios! Yo marcho á defender mi patria! (Se va)

ESCENA VII.

Espirita.

Partid!... partid!... Tal vez ensangrentado
Lleno de heridas, á mis pies lo traigan;
Con angustia y dolor mi nombre invoque;
Y mezcle con las mias sus tristes lágrimas,
Y mi mejilla con la suya roce
Sin vida, sin color, inerte, helada!
¡Y detener no puedo el raudal llanto
Que de mis ojos brota; á mi garganta
Se agolpan los sollozos y mi vista
Nubian de espanto y de terror mis lágrimas!
Mas ¡porqué he de llorar? ¡Tan poco esfuerzo
Nos dió Nubia al nacer! ¡así acobardan
Á sus hijos las madres! ¡así lloran
Cuando á Nubia un infame nos arranca!
¡Así lamentan su fortuna y gloria?
¡Así desprecian el laurel! ¡Tiranías,
Quiere ahogar en el amor de madre
El amor á la patria? ¡Oh! no! derraman
Sus lágrimas ardientes, y se quejan
Porque sus hijos á morir se marchan!
Porque si nubias son, también son madres!
Porque al rudo clamor de la batalla
Oyen mezclarse el ¡ay! que lanza el hijo
Al sentir desgarradas sus entrañas!
Porque comprenden que en la lucha nunca
Sus hogares recuerdan, y se lanzan
Audaces en los brazos de la muerte
Que á una madre infeliz los arrebató!

ESCENA VIII.

Espirita y Elmira.

Elm. Madre! ¡llorando vos?

Esp. ¿De qué te asombras?
A la lucha partió mi noble Abdalá.
Y al partir á la lucha un hijo amado
¡Qué heroína, qué madre no llorará!

Elm. La madre del valor, la patriótica
¡Oh! mojan vuestra faz recientes lágrimas,
Y rebosa el dolor en vuestros ojos,
Cobarde llanto vuestro seno baña!
¡Madre nubia no es la que así llora
Si vuela su hijo á socorrer la patria!
A Abdalá adoro: mi cariño ciego
Es límite el amor de las hermanas,
Y en sus robustas manos, madre mía,
Le coloqué al partir la cimitarra,
Le dije adios, y le besé en la frente!
Y vos llorais, cuando luchando Abdalá
De noble gloria y de esplendor se cubre,
Y el bético laurel le ornó de flores!
¡Oh madre! ¿no escucháis ya como sueñas
Al rudo choque las templadas armas?

Las voces no escucháis? ¡El son sublime
De la trompa no oís en la batalla?
¿Y no oís el fragor? ¡Con cuanto gozo
Esta humillante veste no trocará
Por el lustroso ornés de los guerreros,
Por un noble corcel, por una lanzat!

Esp. ¿Y también como Abdalá, por la guerra
A tú hogar y tu madre abandonarás?
Y á morir en el campo audaz parieras?

Elm. También, madre, también que las desgracias
De la patria infeliz lloran y sienten
Las piedras que deshacen nuestras plantas!
¿Y vos llorais aun? ¿Pues de la trompa
El grato son no oís que mueve el alma?
¿No lo escucháis, ¡oh madre? ¡A vos no llega
El sublime fragor de la batalla?
(Se oye tocar á la puerta.
Pero... ¿qué ruido es este repentino,
Madre, que escucho á nuestra puerta?
Esp. (Avanzándose hácia la puerta) ¡Abdalá!
Elm. (Deteniéndola)
¡Callad, oh madre! Acaso algún herido
A nuestro hogar desesperado llama.
A su socorro vamos, madre mía
(se dirigen á la puerta)
¿Quién toca á nuestra puerta?
Una voz. Abrid!

ESCENA VIII.

ENTRAN GUERREROS TRAYENDO EN BRAZOS A ÁBDALA HERIDO

Dichos, Abdalá.

Elm. y Esp. (espantados) ¡Abdalá!
(Los guerreros conducen á Abdalá al medio del escenario)

Abd. Abdalá, si, que moribundo vuelvo
A arrojarse rendido á vuestras plantas,
Para partir despues donde no puede
Blandir el hierro, ni empuñar la lanza—
Vengo á exhalar en vuestros brazos, madre
Mis últimos suspiros, y mi alma—
Morir morir cuando la Nubia lucha;
Cuando la noble sangre se derrama
De mis hermanos, madre; cuando espera
De vuestras fuerzas libertad la patria!
Oh, madre, no lloréis! Volad cual vuelan
Nobles matronas del valor en alas
A gritar en el campo á los guerreros:
«Luchad! luchad, oh núbicos esperanzad!»

Esp. ¿Qué no llora me dices? ¿Y tu vida
Alguna vez me pagará la patria?—
La vida de los nobles, madre mía,
Es luchar y morir por acatarla
Y si es preciso, con su propio acero
Rasgarse por salvarla las entrañas!
Mas... me siento morir en mi agonía
(A todos) no vengais á turbar mi triste calma
Silencio!... quiero oír... ¡Oh! me parece
Que la enemiga hueste derrotada
Huye por la llanura... oíd!... silencio!
Ya los miro correr... á los cobardes
Los valientes guerreros se abalanzan...
Nubia venció! muero feliz: la muerte
Poco me importa, pues logré salvarla...
¡Oh! qué dulce es morir, cuando se muere
Luchando audaz por defender la patria!
(Cae en los brazos de los guerreros.)

FIN.

UN PANCISTA.

Era ayer un Sancho Panza.
Muy completo D. Mauricio,
Afiado á la pitanza
Y al cebo de la esperanza
Del club acomodaticio.

Hoy se dice liberal,
Y se lanza á largo trote
Tras el hermoso ideal
De un pastel electoral,
Convertido en don Quijote.

Quijote y Sancho á la vez
Bebe y come á dos carrillos,
Con los unos, buen Jerez;
Con los otros carne y pez,
Buenas papas y membrillos.

Oculto lleva la cruz
Que ayer brillaba en su pecho
Y le apretaba el testuz,
Porque le teme á la luz
Y se avegüenza del hecho

De haber llevado infeliz
Para su eterno baldon
Aquella sobre-pellic,
Anatema de un deslíz
Que pagó su presuncion.

¡Alerta con los pancistas
Y no haya cuartel con ellos,
Y apuntadlos en las listas
De farsantes y realistas,
Con sus caras y sus sellos.

Si robasen á un niño cien juguetes
que eran suyos, y para acallar su llanto
le dieran un solo ¿se contentaría el
niño?

Si al consumir un ladrón un robo
que decidiese su fortuna, le avisase un
compañero que andaba á cien leguas la
policía, me parece que el ladrón conti-
nuaría su obra y enviaría á paseo al
compañero.

Lector discreto ¡aplico el cuento?

Riesgo es á Riesgo lo que Castañones
á Céspedes (el catedrático de nuestra
Universidad.)

El mármol es una piedra consistente
y propia para un buen piso ó escalera,
pero de seguro á nadie parecería bue-
na una casa que hasta los techos tu-
viera de mármol.

Ahora bien: en las cercanías de Cu-
ba hay un pedazo tan grande que ame-
naza acabar con la ciudad, si cae sobre
ella. ¿Porqué el Ilmo. Ayuntamiento
de Cuba, no mandará que se re-
tire?

SUMARIO.—La Patria.—La última razón.—Por qué
la revolucion tiene derecho al orden.—Lógica marina-
ra.—Rectificaciones de Hostos.—El Canchú y el Par-
lamento Británico en 1854.—La Lotería.—Los Re-
tranqueros —Enseñanza primaria libre.—Sueños.
—Soneto —Abdalá.—Los Pancistas.—Sueños.